

Aguas aéreas

La voz de los desaparecidos

David Huerta

Para Sergio Raúl Arroyo

En la novela *El fantasma de Anil*, de Michael Ondaatje, los muertos de la guerra civil en Sri Lanka se despliegan en las interlíneas y en los silencios de la narración. Su tragedia tiene lugar, literalmente, sobre las páginas de la novela; el poder de representación y la transfiguración simbólica, alegórica, de la historia se transfiere al lenguaje articulado, se deposita en él como un silencio, como un callar enorme. El lugar de la historia se vuelve literal: se transforma en letra. Los lugares geográficos son sometidos a la libertad imaginativa de la novela.

A lo largo de *El fantasma de Anil*, la geografía está como perturbada por el principio del libro. En esas primeras páginas, un grupo de antropólogos forenses aparece en los yermos guatemaltecos para desenterrar a las víctimas de una guerra cercana a nosotros, los mexicanos: apenas la vemos, apenas queremos verla, de tan próxima. Las profundas llanuras canadienses son evocadas también por las canciones de Joni Mitchell, escuchadas obsesivamente por la protagonista.

Guatemala, Sri Lanka, las planicies del Canadá. Es un acierto de Ondaatje acercar, sin la menor explicación, los acontecimientos en una isla desgarrada del Océano Índico y lo ocurrido en el istmo centroamericano, sumándole la extraña paz de esa nación inmensa, Canadá, país adoptivo de Ondaatje.

Los antropólogos forenses del principio guatemalteco de la novela son colegas de Clyde Snow, uno de los hombres más admirables de nuestro tiempo de asesinos. Snow es un auténtico chamán: nos pone en comunicación con los muertos. Su trabajo consiste en formular dos preguntas a esos muertos, víctimas de la violencia genocida: ¿quién eres?, ¿cómo moriste? El poder chamánico del antropólogo forense —semejante al de

un buen escritor, como Michael Ondaatje— abre extrañas posibilidades: los muertos, sus huesos, los jirones de su carne descompuesta, pueden contestar esas preguntas fronterizas.

¿Tiene sentido señalar las similitudes —o las diferencias, lo mismo da— entre tragedias ocurridas en lugares tan distantes, tan parecidos, convergentes en el espacio de la narración novelesca y en el espacio paralelo de la violencia política? Ondaatje no lo señala; no tiene sentido. Tiene sentido la puesta de resalto, en la página literaria, de la actividad omnidevorante de la represión, los alcances planetarios de las persecuciones, las torturas, los sufrimientos infinitos infligidos a las muchedumbres despreciadas por los señores de la guerra.

Los libros de un escritor mexicano, José María Pérez Gay, documentan muchas de esas tragedias en un amplio espectro de realidades geográficas, culturales e históricas; ahí, en los textos de Pérez Gay, caben Chechenia, Camboya, Hiroshima. Los libros de este escritor son el complemento de los trabajos del polaco Ryszard Kapuscinski, escritor de la estirpe de Joseph Conrad. Éste denunció como nadie, con una prosa poderosa, los atropellos de los agentes belgas en el Congo, sicarios del sátrapa Leopoldo II, hermano de la ex emperatriz de México, la princesa Carlota.

Pocos lo saben, pero antes de la existencia del Congo Belga, esa parte del continente africano —una región inmensa— fue *propiedad personal* de aquel rey infame; el Congo Belga comenzó a existir cuando los propios súbditos pudieron arrebatarle a Leopoldo esos territorios. Leopoldo II de Bélgica merece estar al lado de Hitler, Stalin

y Pol Pot en la lista de los grandes criminales del siglo XX; no lo está, pero el trabajo de investigación de Adam Hochschild ha conseguido acercarlo a ese merecido sitio de una historia de infamia, profundamente hipocrita, como lo demuestra otro escritor viajero: el sueco Sven Lindqvist.

Lindqvist completa o complementa lo hecho por Adam Hochschild. Recorre las vastedades africanas y comprueba las destrucciones del colonialismo. Denuncia sin concesiones ni complacencia el cinismo europeo de los poderes económicos, militares y políticos. La sedicente memoria histórica de Europa se muestra sorprendida del surgimiento del nazismo y de la empresa asesina de Hitler. ¿No estaba anunciado todo eso en lo ocurrido a lo largo del siglo XIX? El racismo de los explotadores tenía su justificación en lo dicho por innumerables hombres de ciencia, Charles Darwin incluido. Decían con aplomo: “La raza europea es superior a las demás, y en especial a las tribus africanas: acabemos con ellas para llevarnos sus recursos naturales, impongamos la protección blanca de esos territorios y limpiemos el planeta de etnias indeseables”. “Exterminemos a todos esos brutos”, exclama el agente colonial Kurtz en la novela de Joseph Conrad titulada *El corazón de las tinieblas*; Sven Lindqvist toma esa frase para el título de su libro africano de viajes.

Debe aclararse continuamente cómo se ha malentendido esa frase titular: “el corazón de las tinieblas”. No se trata, como estúpidamente entendió Orson Welles cuando se propuso filmarla, del salvajismo africano destilado en el corazón del “inocente” Kurtz; se trata del viaje interior de éste, dueño de un poder absoluto, hasta las tenebrosas honduras de sus instintos homicidas de “civilizado”. Francis Ford Coppola lo comprendió mejor, a la luz de la poesía de T. S. Eliot,

Es un acierto de Ondaatje acercar, sin la menor explicación, los acontecimientos en una isla desgarrada del Océano Índico y lo ocurrido en el istmo centroamericano...

cuando adaptó libremente la narración conradiana en la cinta *Apocalipsis ahora* en otro contexto: la Guerra de Vietnam.

Vuelvo a Sri Lanka y a Guatemala. Esos lugares están en extremos opuestos del mundo. Pero están unidos en la literatura, en las páginas de esa novela de Michael Ondaatje. El personaje más famoso de Ondaatje, el “paciente inglés”, tránsfuga y enamorado, es ávido lector de Heródoto, a quien Kapuscinski dedica uno de sus últimos libros, *Viajes con Heródoto*. Kapuscinski conocía las tragedias del istmo centroamericano: fue testigo de la “guerra del fútbol” entre El Salvador y Honduras.

Leo en una novela guatemalteca de 1932 las siguientes palabras: “El peso de los muertos hace girar la tierra de noche y de día el peso de los vivos... Cuando sean más los muertos que los vivos, la noche será eterna, no tendrá fin, faltará para que vuelva el día el peso de los vivos...”. El pasaje recuerda, por el tono, los libros proféticos del Antiguo Testamento, como los cantos grandiosos de Isaías. Es la viñeta en un libro imposible, necesario y totalizador, con un tema central para el pensamiento y la moral; un libro escrito continuamente en distintos tiempos y lugares: la demografía histórica de la devastación humana por medio de la guerra, la explotación y la esclavitud.

Hay en ese pasaje un cuadrángulo perfecto con dos pares de elementos: noche y día, muertos y vivos. Y un factor dinámico: la giración de vivos y muertos recuerda, por un lado, la rueda de la diosa Fortuna —reproducida en miles de ferias—, y por otro lado, el fenómeno astronómico de las vueltas o revoluciones de los cuerpos celestes. La devastación de la violencia homicida

es ahí como una fuerza de la naturaleza, semejante a la gravitación universal o a la velocidad de la luz. Girará el planeta con su carga insomne de muertos y vivos; un día el equilibrio se romperá y la luz del día habrá desaparecido para siempre.

(Ya casi nadie lee ahora esa novela guatemalteca: se titula *El señor Presidente*. Su autor, Miguel Ángel Asturias, pasa desde hace algunos años una temporada en el purgatorio de la literatura, ignorado por los lectores y apenas atendido por un puñado de académicos. Es otro tipo de desaparecido: el escritor olvidado o semiolvidado por esas multitudes caprichosas: la “casta de los leyentes”, según expresión del pícaro salmantino Diego Torres Villarreal).

Jorge Aguilar Mora dedicó un libro entero —titulado, vallejianamente, *Una muerte sencilla, justa, eterna*— a muchas desapariciones de la Revolución Mexicana: nombres borrados o desdenados por la historia y la historiografía, como el de Lucio Blanco; nombres y vidas extinguidos a puñados: los de los miles de fusilados en “la bola”, ese torbellino.

Aguilar Mora ha leído con una auténtica mirada de *rayos equis* el libro de Nellie Campobello titulado *Cartucho*, obra única, marginal, cuerpo extraño en la copiosa corriente de la “novela de la Revolución Mexicana”. En las páginas de Campobello, repletas de una violencia narrada y descrita por la mirada de una niña, presenciemos una serie de cuadros en donde, como información holográfica, está contenido el cuadro completo de la gesta revolucionaria.

En la frase “voz de los desaparecidos”, evoco el quevediano elogio de la lectura y su re-echo, no sé si consciente o inconsciente, en manos del poeta inglés Robert Southey (en el poema cuyo primer verso es “My Days Among the Dead are Past”).

El célebre soneto de Quevedo (“Retirado en la paz de estos desiertos”) explica cómo los libros son instrumentos mediúmnicos para comunicarnos con los muertos. No se refiere a los muertos como “desaparecidos”: los llama “ausentes”, “grandes almas que la muerte ausenta”. No es lo mismo: la muerte es un hecho definitivo; ausentarse, en cambio, es irse de un aquí conjetural, acaso siempre cambiante: irse, ausentarse, pero no más allá de nuestras invocaciones, con las cuales abrimos las páginas de algún libro escrito por una de esas “grandes almas” (la de Séneca, la de Epicteto, digamos).

Francisco de Quevedo —y más tarde Robert Southey— escribe sobre los muertos con una sorprendente naturalidad: parece estarlos viendo y escuchando; desde luego, los lee, como hacemos tantos de nosotros con sus propios poemas; nosotros: integrantes de la “casta de los leyentes”. Leemos libros, letras, tinta impresa. Pero también *leemos*, como ahora se dice, los acontecimientos: la multiplicidad factual en donde tanta gente muere o se ausenta. Lo hecho por Pérez Gay y Aguilar Mora, en sus libros, tan diferentes entre sí por razones de estilo y estructura, se parece mucho, casi hasta la identidad: leer las muertes de los otros.

Memorablemente, Martin Heidegger afirmaba: “nadie puede tomarle a otro su morir”. Morir —o mejor dicho, *el morir*, sustantivación de un verbo en infinitivo— es intransferible; es inconcebible considerarlo desde horizontes ajenos a uno mismo, desde la otredad: uno muere solo e incommunicado, nadie muere por uno, menos a un en lugar de uno. Pero puede no ser así.

“No sé —podría preguntarse, por ejemplo, un brigadista del movimiento estudiantil de 1968— quién se murió en mi lugar en las inmediaciones del Edificio Chihuahua, mientras yo le tiraba piedras a

los soldados y los veía avanzar y detenerse un momento en la arreciada de las ráfagas, agobiados por los insultos estudiantiles; detenerse los soldados, digo, para calar la bayoneta en la punta del máuser y seguir corriendo al trote mientras la tarde se iba hundiendo en un color de fin de mundo, en medio de un fragor espantoso y metálico, y en verdad fue un fin de mundo para quienes se quedaron ahí, desangrándose y muertos al fin y al cabo, en las pilas de cuerpos (muchos cuerpos vivos, otros ensangrentados, heridos, agonizantes)". Ese brigadista dice no saber —su pregunta es retórica, pues en alguna forma sí lo sabe— quién se murió por él, en su lugar, esa tarde, esa noche, en Tlatelolco. Sabe, pues lo vio con una mirada exhausta de sobreviviente, cómo alguien cayó para siempre en esa plaza. Ese cuerpo pudo ser el suyo, y no fue el suyo. Sabe, al contrario de lo dicho por Heidegger, cómo y dónde alguien le tomó a ese brigadista su morir y lo murió por él, si así puede decirse. Y si no puede decirse así, de veras no es importante; como no son importantes las sedicentes opiniones de tanto cobarde, de tanto filofascista o conformista de derecha muy orondo y muy satisfecho al decir "lo de Tlatelolco no fue para tanto" y más nos valdría a las "viudas del 68" no insistir en esos recuerdos ahora, con una democracia tan mona como la actual.

Ese brigadista del 68 avanza ahora hacia el cumplimiento de su sexta década de vida y es en realidad un sobreviviente por partida doble: salvó la propia vida y lleva dentro de sí la vida del estudiante o el ama de casa o el chofer o el obrero muerto en su lugar. Desde luego, podría no pensar ni sentir de este modo; pero sí: siente y piensa en esos términos, con esos valores y con esas imágenes.

Jorge Aguilar Mora nos ha explicado a quienes hemos querido leerlo y entenderlo —pocos, muy pocos en México— el sentido de consignas como "2 de octubre no se olvida" o "no murieron, no murieron en vano". Ese sentido, o la vitalidad de esas consignas o afirmaciones, sólo puede alcanzarse si de verdad creemos en los enunciados, en su intención, en sus alcances. En el primer caso, si estamos convencidos realmente de los poderes de la memoria; en el segundo, si de verdad creemos esto, tan sencillo y tan desgarrador: los asesinados de Tlatelolco no nada más no murieron en vano: no murie-

ron en absoluto.

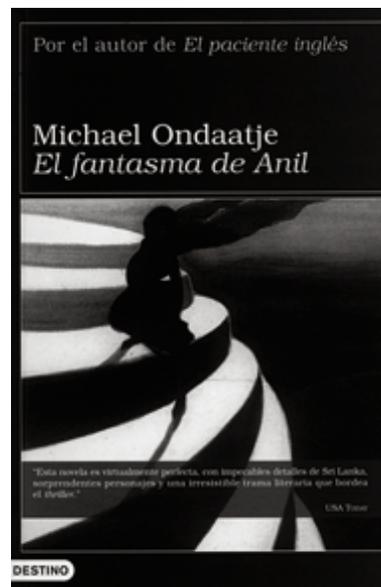
Muy lejos está Aguilar Mora de los usos oratorios de siempre en nuestro país y en tantos otros países. No habla "como si" esos jóvenes no hubieran muerto; dice, por el contrario: asumamos vitalmente lo opuesto de su muerte, es decir: su sobrevivencia, su sobrevivencia o supervivencia en nosotros. Nos toca a nosotros hacerlo, quiero decir: en particular a quienes estuvimos en esa plaza hace cuarenta años.

Por eso es conmovedor leer algunas páginas de algunos poetas. Sin saber nada del movimiento estudiantil de 1968 en México, nos dicen lo necesario para asumir ese compromiso de supervivencia; hablo de poetas como César Vallejo, Paul Celan, René Char.

Celan nos enseñó esta verdad: nadie da testimonio por el testigo. Nadie dio testimonio por él ni por Primo Levi. El testimonio de los lectores no los salvó de su muerte solitaria y desesperada, efecto diabólico o del éter del universo concentracionario. Ellos desaparecieron, o se ausentaron; son esas grandes almas a las cuales el poder de la imprenta venga de las injurias de los años, del paso del tiempo y de su aliento letal. Almas de escritores, de poetas, de testigos por quienes nadie dio testimonio, ante quienes sus lectores sentimos el viento acezante de la negatividad; almas vivas en su enormidad y en la sublimidad de las letras.

¿Y los otros, los incapaces de escribir, pues no podían o ni siquiera sabían hacerlo? ¿Los indios guatemaltecos quemados vivos en la embajada española y acibillados o degollados en sus aldeas? ¿Los asesinados por los tigres tameses en Sri Lanka? Ahí están, en las escrituras de los novelistas y en esos poemas contrahechos y también, a su manera, sublimes: los informes forenses de Clyde Snow.

El capítulo más conmovedor del libro de Sergio González Rodríguez sobre los feminicidios de Ciudad Juárez, *Huesos en el desierto*, es una letanía de nombres y datos: los nombres de las jovencitas muertas, los datos con la información sobre el hallazgo de sus restos. Sé, pues me lo han contado ellos mismos, cómo muchos, muchísimos lectores de *Huesos en el desierto*, se "saltan" ese capítulo. No saben leer. Ese capítulo conclu-



ye con unas palabras de Marcel Schwob, el escritor francés, autor de esa joya titulada *La cruzada de los niños*, forman parte del monólogo del papa Gregorio, compungido por la muerte de cientos de inocentes en aquella cruzada al mismo tiempo pueril y grandiosa. Sergio González Rodríguez tuvo la decisión y el talento de utilizar la literatura del pasado, reescribiéndola al transcribirla, con intencionalidad dramática, para acentuar la tragedia monstruosa de esas muertes en el norte de México; lo mismo hizo con la frase titular, tres solas palabras, del más grande poema de México en el siglo XX: "muerte sin fin", transformándola en el enunciado estremecedor: "muertas sin fin".

Mientras leía *Huesos en el desierto*, me dije varias veces: "No vale la pena vivir en un país en donde suceden estas cosas". Cuando lo terminé, me dije, en cambio: "Vale la pena vivir en un país donde hay escritores como el autor de este reportaje inmenso, inmensamente triste, inmensamente indignante".

Lo hecho por Campobello, Levi, Kapuscinski, Hochschild, Lindqvist, González Rodríguez, Pérez Gay, Aguilar Mora, Ondaatje, Clyde Snow, los poetas, consiste sencillamente en dar voz a los desaparecidos. No concibo para la literatura una tarea más noble, más radical, más esperanzadora. **U**